

SOUVENIRS D' ENFANCE



Recuerdos a cuatro manos

Begoña Urrutia Elejalde, Juan Urrutia Elejalde

SOUVENIRS D' ENFANCE

Recuerdos a cuatro manos

Introducción

SOUVENIRS D' ENFANCE I : LA MUERTE

SOUVENIRS D' ENFANCE II: AVARICIA

SOUVENIRS D' ENFANCE III : ¿CÓMO VA LA GUERRA ?

SOUVENIRS D' ENFANCE IV : PRIMERAS LETRAS

SOUVENIRS D' ENFANCE V : SENTIDO DE CULPABILIDAD

SOUVENIRS D' ENFANCE VI : MINÚSCULOS JUGADORES DE CROCKET

SOUVENIRS D' ENFANCE VII : FACILIDADES HIGIÉNICAS DEL CASERÍO

SOUVENIRS D' ENFANCE VIII : SIGNOS DE INTELIGENCIA

SOUVENIRS D' ENFANCE IX : PRIMERA FRASE

SOUVENIRS D' ENFANCE X : A LOS NIÑOS SE LES PONEN VAINAS CON PATATAS

SOUVENIRS D' ENFANCE XI : DE CABEZA AL RÍO

SOUVENIRS D' ENFANCE XII : EL ÚNICO AZOTE DE MI PADRE

SOUVENIRS D' ENFANCE XIII : LA RISA DE MI PADRE

SOUVENIRS D' ENFANCE : EPÍLOGO

Introducción

(JUE)

Estoy en mi despacho de casa. Hay que especificarlo porque tengo otros. Pero este de casa es el adecuado para el trabajo que hoy comenzamos Begoña de Urrutia (BdU, también conocida por BUE) y yo que, aunque hermano, no me permito el «de». Levanto la vista y contemplo una foto de estudio, muy posiblemente de Foto Garay, un reputado establecimiento bilbaino ya desaparecido, en la que aparecen cuatro de mis mujeres. Dos primas, Ana Mari, una belleza de trece años prematuramente muerta tal como reflejará BdU en uno de sus primeros «Souvenirs d'enfance», Marisa, con su cara pecosa de huérfana tristonera, Begoña con cara de pocos amigos posiblemente enfadada porque ha sido destronada y nuestra madre, Doña Anselma, como una señora guapetona con su brochecito heredado de su difunta suegra y que heredará mi hija Itziar. Otras de mis mujeres irán saliendo aquí irremisiblemente, pero de momento no entran en el cuadro.

Yo no existía ni estaba proyectado. Llegué inesperadamente para reemplazar a Ana Mari, para jorobar aun más a mi hermana que seguramente vio peligrar su posición de ojito derecho de nuestro padre, Don Rafael, y para tener que llevar la pesada mochila de las expectativas de mi madre para quien otro hombre en casa era una tranquilidad para el futuro, especialmente desde que nuestro padre empezó a sentir los síntomas de la falta de dopamina.

Ibamos de seis en seis años, así que no tengo grandes recuerdos comunes; pero sí alguno como, por ejemplo, mi intromisión matinal en las clases de francés que ellas, niñas sin una escolarización apropiada, recibían en casa alrededor de una mesa camilla del cuarto de costura, impartidas por madmoiselle XX.

Empiezo con ese recuerdo para justificar el título de estas memorias abiertas que comenzamos Begoña y yo y que quizá puedan entretener a Marisa ahora que dice sentirse sola a pesar de los hijos y nietos que le rodean.

Mi hermana es casquivana. Es decir es floja de cascos (o de manos como diría un entendido en caballos) por lo que no puedo esperar una aventura de «longue halaine», sino más bien una serie de pequeños sprints. Así que en cada capítulo empezará ella con una pequeña anécdota familiar y yo le daré la réplica puntualizando sus recuerdos con la impertinencia del niño mimado que veía todo y nada le interesaba mucho. Veremos lo que sale.

(BUE)

Se presenta una perspectiva interesante, retadora; es evidente que las percepciones de las situaciones van a ser distintas. Aún serán más dispares las lecturas de los mismos hechos. Digo dispares, no «disparatadas», porque cada una de las apreciaciones de los acontecimientos recogerán aspectos que el otro no vio.

Distintas sensibilidades observan los acontecimientos desde diferentes perspectivas y claves: la femenina y la masculina. Esta, más descomplicada, menos matizada, más concreta, más rotunda. Y si se me permite decirlo, menos rica, menos perspicaz. Aquella, más complicada y pormenorizada, menos sintetizada, pero más intuitiva, más penetrante.

Espero que la visión poliédrica de los mismos hechos contribuya a enriquecer los recuerdos, los complemente y aporte un enfoque más total y objetivo de la época, los personajes y los sucesos. En el peor de los casos sumarán reminiscencias. Descubrirán al otro aspectos insospechados, desconocidos o no registrados. Puede contribuir a sacarnos de errores de apreciación y evidenciar la carga de subjetivismo que todos llevamos encima. En la propia introducción aprecio algunas diferencias de interpretación.

Efectivamente tú no existías pero eras esperado con mucha ilusión. Al nacer yo una bola inmensa de 5 kg- estropicié a Doña Anselma, dificultando seriamente que pudiera volver a quedar embarazada. Cuando por fin lo logró nuestros padres estaban encantados porque alcanzaban el sueño de agrandar la familia. No me sentí destronada ni ante la incorporación de nuestras primas a la familia ni ante tu nacimiento.

Las dos primas mayores habían sido, con anterioridad, una fuente constante de desasosiego y de «hacerme rabiar», a mí, niña única y mimada. Ahora esto se iba a convertir en una situación permanente. La idea me sacaba de mi vida plácida y egocéntrica. Tu nacimiento fue para mí un gozo silencioso y profundo. Un sueño cumplido. Que los demás personajes hicieran diferencias entre tú y yo, me pudo ocasionar desconcierto y experimentar la injusticia, pero no despertó celos en mí; me enseñó una verdad que me ha servido para la vida: la simpatía y el cariño hay que ganárselas. Y se ganan con un talante positivo, con una actitud generosa, amigable, abierta.

Nuestro padre, me lo confirmó en una ocasión, cuando sin venir aparentemente a cuento, me comentó: «tu hermano siempre tendrá más simpatías que tú, porque sabe ganarse a la gente». Mi padre me quería mucho. No era un exabrupto incontrolado. Reconozco que fue una lección que me ha costado aprender.

SOUVENIRS D' ENFANCE I : LA MUERTE

(BUE)

Mis dos primas no tenían padres. Al acabar el verano se trasladaron a vivir con nosotros definitivamente. A finales de enero la mayor cayó enferma de gravedad. Tenía 14 años pero no se veía remedio: se trataba de meningitis tuberculosa, contagiosa y mortal. Todos los niños desaparecimos del hogar. Tan solo los mayores se quedaron cuidándola y atendiéndola.

Me vi lanzada a la que había sido la casa de mi abuelo, donde ahora vivían dos tías con sus respectivas familias. La soledad, el sentido de abandono, la inseguridad y la desconfianza que puede experimentar un niño no es siempre captado por los mayores. El sufrimiento es silencioso y continuo.

Mis padres solían acudir a verme al parque. La separación me había vuelto tímida con ellos y sentía una indescriptible sensación de distanciamiento y extraña vergüenza; recuerdo a mi padre, con su traje de raya diplomática y su sombrero de ala dura y vuelta rematada por grogrén, que me sonreía desde lejos. Era reticente en acudir, como si se tratara de dos extraños. Había perdido la naturalidad, la cercanía, la confianza. No era resentimiento porque me habían alejado del hogar; me habían explicado la situación y la había

entendido: sabía que mi prima estaba muy enferma y que era mejor que permaneciera alejada por mi propio bien.

Pero la relación con mis padres era torpe y poco espontánea. Ahora me doy cuenta de que para ellos esta reacción debió de ser una preocupación añadida. Mi prima murió a mediados de febrero. Vi pasar el féretro tirado por caballos desde el balcón de la casa del abuelo. Una multitud silenciosa seguía al carruaje. Tardé algunos días en volver a mi propio hogar. Curiosamente mi vida familiar recobró su ritmo como si no hubiera ocurrido nada irreparable. Retornaron la naturalidad y la confianza habituales.

Recuerdo cómo me deslicé subrepticamente en la habitación en la que había muerto mi prima, que era la mía propia. La habían desinfectado y pintado de blanco; exultaba luminosidad. Estaba vacía de todo: no había muebles, ni cuadros, ni cortinas. El balcón estaba abierto y entraba un viento suave. Y en aquella desnudez total, en mitad de la habitación, en el suelo, una pequeña pluma blanca escapada de la almohada se mecía al compás de la brisa. La imagen no se ha ido nunca de mi retina. Era la vida, el movimiento, en medio de la ausencia. Resaltaba la desolación de la habitación.

Algún tiempo después tuve un sueño. Soñé que sonaba el timbre de la casa, oía voces desde mi habitación y corría pasillo adelante. En el recodo entre el pasillo y el hall de entrada estaba mi prima llevando un abrigo marrón de piel de cordero rizada que todos los primos habíamos heredado por riguroso turno; hablaba animadamente con el resto de los miembros femeninos de la familia. Llevaba un violín bajo el brazo. Su peinado era el mismo de siempre. Su sonrisa también. Se dirigió a mí cuando llegué cerca y me sonreía. Yo no tenía miedo solo extrañeza. Sabía que los muertos no vuelven. Como todos los sueños, no tenía lógica evidente: el abrigo era de un tamaño pequeño para su edad, pero sin embargo le quedaba bien. Nunca había tocado ningún instrumento. Y yo la relacioné con los ángeles. Su conversación era más animada que la que había sido habitual en ella. Nunca conté mi sueño a nadie mientras fui niña. Lo guardé para mí, para mi cajón de los tesoros secretos.

(JUE)

Tengo que decir explícitamente que no tengo nada que añadir a lo que cuenta BUE pues, por un lado, es una pieza preciosa en sí misma y, por otro lado, yo no estaba allí. Solo cabe aprovechar la ocasión para marcar algunas coordenadas que orientarán los pasos de esta rememoración a dos manos. Las coordenadas de los secretos familiares primero. Secretos enterrados en Heros, tal como siempre llamamos a la casa del abuelo materno, D. Mariano Elejalde Larrea, comerciante de la villa, sita en la fachada correspondiente a esa calle del Ensanche bilbaino de un grupo de viviendas construídas por Sota, el naviero, como negocio de alquiler.

En la época a la que se refiere mi hermana vivían allí, en un piso de unas dimensiones desmesuradas, la mayor de las hijas de D. Mariano, D^a Pascuala, casada con Felipe Llaguno, y Juanita, la pequeña de las hermanas Elejalde y confidente de nuestra madre, casada con Ignacio Leizaola.

Durante toda mi niñez esa fue la casa de D^a Pascuala, la hermana mayor que tuvo que hacer de madre. Quizá por esa prematura responsabilidad aparecía como una señora tan seria que, con su gargantilla y siempre de luto, me daba miedo. Allí murió de tristeza el padre de Ana Mari y Marisa, Alfonso Elejalde. Y también el tío Justo Elejalde, la oveja negra de la familia, un personaje atractivo para sus sobrinos que aparecerá aquí con toda seguridad.

No sería malo describir a continuación algunas de las coordenadas físicas de nuestra casa de Colón de Larreategui. ¿Fue la habitación en la que se mecía la pluma la mía de niño exilado en el recodo norte del hall y el pasillo y desde la que tenía que recorrer a oscuras y aterrorizado el largo pasillo hasta llegar al cuarto de nuestros padres y acurrucarme en la cama de mi madre? Por la descripción que hace BUE yo diría que no, sino que ella ocupaba otra habitación al final del recodo sur del pasillo; pero esa habitación que fue mía de muy niño merece atención.

Era una habitación mágica, única en la casa, que luego llegó a ser el cuarto de costura donde Carmen Arteaga (la «seño» y una de las mujeres más importantes en mi vida), me leía a Salgari o al padre Finn (Tom Sawyer, Percy Win, Enrique Dye) además de hacer labores primorosas de costura con nombres seductores y donde trabajaron, inclinadas sobre la máquina de coser, primero la Araceli, una dulce y menuda persona mayor que recuerdo con un agradecimiento suave o aquella Milagros mucho más descarada y frescachona que produjo en mí sensaciones raras, que en aquellos momentos no sabía identificar, cuando me probaba unos pantalones de pijama que siempre me hacían parecer más zambo de lo que era en realidad.

No sé si mencionar que en esa habitación, cuando los demás creían que ya estaba dormido, llamaba en voz alta a la prima muerta. Quizá heredé el sueño de mi hermana como ella el abrigo de piel de cordero rizada. No puedo evitar la mención de una de las, imaginadas por mí, coordenadas psicológicas de mi hermana. Me refiero a la sublimación de esa figura paterna con un «sombbrero de ala dura y vuelta rematada por grogrén». Esa imagen no la tuve yo nunca pues recuerdo a mi padre, que decían había sido un dandy (como su padre D. Juan Urrutia Burriel, agente de Bolsa) siempre con boina. Ahora bien, es cierto que en el armario/paragüero con estampas inglesas en los paños de las puertas, se acumulaban esos sombreros que deben ser los que recuerda mi hermana aunque yo no tenga ni idea de lo que es el grogrén. Claro que nuestro padre quería mucho a su niña y recuerdo lo que fue un soniquete persistente una vez que mi hermana se fue de casa: «¿Qué hará Potete?». Ella era Potete y yo Bololo.

Y termino con coordenadas funerarias aunque huyo de recordar los entierros con tiro de caballos y hombretones con grandes cirios encendidos. No hubo más muertes en nuestra casa de Colón hasta la muerte de D^a Anselma, pues D. Rafael murió una tarde en la clínica del Dr. San Sebastián con la compañía de mi hermana y de la tía Juanita quien fue quien telefoneó a casa. Nuestra madre murió en la cama que fue de su marido y que recibía más luz que la suya en la que yo me acurrucaba y recuerdo cómo me agarraba de la mano y, ya con la cabeza perdida, repetía «bésame mucho». Supongo que pensaba en su compañero del alma, en Rafael como le llamaba ella.

SOUVENIRS D' ENFANCE II: AVARICIA

(BUE)

Cada domingo me daban la paga una peseta que distribuía a lo largo de la semana. Los tiempos eran duros para todos. Sobre todo para los pobres. Una de esas interminables tardes que pasábamos jugando en el Parque se acercó un niño pequeño pidiendo limosna. En esta ocasión llevaba en el bolsillo del vestido mis ahorros: había conseguido conservar la peseta semanal íntegra y tenía algo de calderilla de la semana anterior. Hice mis cálculos y decidí darle algo de mi calderilla. Pero me equivoqué y le entregué la peseta. Titubeé solo un instante. Inmediatamente reclamé mi peseta y la cambié por los céntimos que pensaba darle; «me he equivocado» dije. El niño me miró con indignación y asombro. No cedí y me quede con mi «rubia». Se alejó murmurando algo no muy agradable para mí.

Me quedó un regusto muy desagradable: en parte vergüenza, en parte incomodidad, en parte me sentí injusta, en parte falta de generosidad. Mis amigas recriminaron mi acción. Cada vez me sentía más humillada. Aún siento vergüenza cuanto lo recuerdo.

(JUE)

Es que una pela era una pela. Incluso unos seis años después de lo que cuenta mi hermana. Debería saberlo, pero no puedo asegurar que la inflación era un fenómeno desconocido en la posguerra o que, al menos, de existir estaba reprimida por la regulación férrea de los precios. No debería mi hermana tener mala conciencia por no haber sido generosa por equivocación. Dar el total de la paga de la semana de golpe hubiera sido no generosidad, sino mala administración y eso sí que estaba prohibido en nuestra casa. Excepto en mi caso, claro está, como niño mimado que era. Desde muy pequeño argüí y mi argumento fue aceptado que la paga era un concepto ridículo y que yo simplemente tendría el dinero que necesitara para mis necesidades que, por otro lado, no eran extravagantes, al menos por aquel tiempo. Más tarde he de admitir que no me ha disgustado ser, de tarde en tarde, un pelín «flamboyant».

Quizá es la ocasión de contar ahora una anécdota mía que no sé si es un recuerdo genuino o simplemente el recuerdo de su narración. Después de comer un día y para lo que fuera pedí a mi padre dinero para ir al Parque, ese mismo Parque al que se refiere mi hermana y que fue el lugar de mi felicidad durante años. Mi padre me dio una rubia quizá, pienso ahora, confundíndome con mi hermana y su paga. El asunto es que yo, indignado, tiré rabiosamente la rubia al suelo y a voz en grito exigí el pago correcto: ¡Quiero papel!

Corrían simultáneamente las pesetas en metálico y en papel y, por razones desconocidas, a mí me parecía más serio el papel, justo lo contrario de lo natural pues al menos el metal vale el precio de ese metal. ¿El nacimiento de un economista? Pero no hay que creer que nuestros padres fueran avaros. Jamás nos racionaron lo necesario aunque sí es verdad que nos enseñaron que muy pocas cosas son necesarias. Y tenían razón.

SOUVENIRS D' ENFANCE III : ¿CÓMO VA LA GUERRA ?

(BUE)

Se repetía todos los días como un ritual. Cuando mi padre regresaba del trabajo al mediodía, mi madre le recibía en el hall de entrada, le ayudaba a quitarse la gabardina e invariablemente le preguntaba «¿qué tal va la guerra, Rafael?».

Era evidente que mi madre no había tenido tiempo de leer el periódico. Mi padre lo hacía siempre mientras desayunaba. Las contestaciones variaban según marcharan los acontecimientos de la Segunda Guerra Mundial. Cuando a las dos del mediodía oía la llave girar en la cerradura, corría desafortunadamente pasillo adelante para abrazar a mi padre. Y uno de esos días sorprendí a mis padres adueñándose de la frase de mi madre e interrogando a mi padre con mi voz ingenua de niña de cinco años: «¿qué tal va la guerra, papá?». Estallaron en una carcajada. Yo les miré avergonzada. No volví a repetir la pregunta. Para mí, no había respuesta ni explicaciones sino sonrisas divertidas.

(JUE)

No creo que para cuando yo nací los periódicos hablaran ya mucho de la guerra cuyo escenario se había trasladado al Pacífico. Así que me da un poco de envidia la escena familiar de los mediodías. Era un tiempo más lento que el de hoy y mi padre seguramente acudiría todos los días a comer a casa atravesando el Parque que volvería a atravesar en sentido contrario por la tarde para ir al astillero.

El periódico supongo que era «El Correo Español. El Pueblo Vasco» aunque es posible que la fusión no se hubiera llevado a cabo todavía y fuera uno de los dos. Pero nunca los dos o uno de ellos o la Gaceta o el Noticiero Bilbaino. Eran épocas austeras. La mención de la gabardina es crucial pues era esa prenda de mi padre como una manta con la que me cubría cualquier noche, muchos años más tarde si el frío, apenas disimulado por una calefacción individual y poco eficiente, me hacía tiritar cenando excepcionalmente con los mayores en el comedor, una pieza que daba al norte. Supongo que era gabardina y no abrigo porque, en aquellas épocas, la humedad calaba hasta los huesos en aquel Bilbao que no acababa de cicatrizar la herida de la guerra propia.

Nuestros padres no estaban muy de acuerdo sobre la guerra civil, pero eran declaradamente proaliados y supongo estaban genuinamente interesados por los avatares de la confrontación con Alemania. Pero lo que me parece muy bonita es la pequeña metedura de pata de mi hermana queriendo jugar a ser mayor y a sustituir a su madre. El lenguaje se aprende antes de que nos enteremos que denota y siento nostalgia de la época en que los niños, como mi hermana en su recuerdo, creen que el lenguaje es un «ábrete sésamo» o un «abracadabra» o simples sonidos.

SOUVENIRS D' ENFANCE IV : PRIMERAS LETRAS

Estaba convencida de que escribía. No podía entender por qué cuando le mostraba mi cuaderno, mi madre me miraba entre divertida y perpleja y me decía con cara condescendiente: «muy bien hija». Pero a continuación me aclaraba que lo que había escrito era ilegible.

Yo imitaba a los mayores: cogían un lápiz, lo deslizaban sobre el cuaderno y ponían un punto al final. Luego repetían en alta voz lo que habían escrito. Los demás lo entendían. Nadie les decía que aquello era ininteligible. No me entraba en la cabeza por qué decían que no se podía leer lo que yo había escrito: el sistema seguido había sido el mismo: coger un lápiz, hacer letras la m sin solución de continuidad, poner un punto final. Y se empeñaban en que no lo podían leer. Yo sí lo podía leer. Mi escritura era multiuso: servía para leer lo que quisiera en cada momento. Mucho más útil que la de los mayores, que sólo tenía una lectura.

Mi desilusión fue muy grande. Contemplaba mi cuaderno con desconcierto y perplejidad. Mismo proceso, distinto resultado. Desconcertante. Mi madre me explicó que aquella escritura no era más que curvas seguidas, que escribir era combinar las letras para que reflejaran lo que hablábamos, que las vocales eran unas, las consonantes otras, que se tenían que combinar de acuerdo con un patrón, etc.

Me pareció demasiado complicado y quizás esa fue la causa de mi rechazo hacia el aprendizaje de las letras. Tanto trabajo para algo que según mi entender se podía hacer de una forma mucho más expedita.

(JUE)

Desconocía que mi hermana hubiera tenido dificultad en el aprendizaje de las letras. Parece, por otro lado, que nada tiene de extraordinario que mi hermana confundiera la escritura con un ritual que quizá permite dotar de mayor potencia y seriedad a un pictograma cuando, como comentaba el otro día, confundía las palabras con un «abracadabra». Son dos manifestaciones análogas del vivir en un mundo mágico que se desvanece en cuanto se nos explica que las palabras denotan y que las letras sirven para formar palabras.

Que esto último fuera explicado por mi madre a su hija me ha producido una cierta emoción vicaria porque yo no recuerdo que mi madre me enseñara nada. Quiero decir a leer o a escribir. Supongo que me enseñó otras cosas pero ciertamente no las recuerdo. De enseñarme a leer y a escribir se ocuparon la «seño» y D^a Modesta, una realmente peculiar maestra que ensanchaba el elenco de mujeres que merodeaban a mi alrededor. Vestía de luto riguroso, siempre con mantilla y limpiaba las plumillas rezumantes de tinta en su propia falda. Me enseñó tantas cosas que cuando entré en el colegio iba sobrado. Siguió dándome clase de apoyo totalmente innecesaria muchos años durante los cuales yo no me atrevía a contar a mi madre que ya no me podía enseñar nada y esperaba ansioso que volviera a enseñarme por enésima vez los huesos de la cabeza tocándolos en la mía con su mano gélida.

Quizá mi madre tuvo suficiente con su primera hija y echó la toalla con su primer hijo varón. Lo que se me ocurre es que yo, alejado de mi madre en el aprendizaje, viví en un mundo menos mágico y evité el tartamudeo mental. Mi hermana mostraba signos de un tartamudeo físico serio hasta que se lo curó un logopeda de Logroño aunque le queda una peculiar manera de tomar el aire para lanzarse a hablar. Se me ocurre que se debe a que ve el mundo y lo comprende antes de tener que explicarlo. Algo, esto último, que parecería superfluo y desagradablemente sorprendente para ella. En cualquier caso la escritura multiuso de mi hermana me parece todo un hallazgo muy a lo Alicia.

SOUVENIRS D' ENFANCE V : SENTIDO DE CULPABILIDAD

(BUE)

Eramos y somos una familia de muy distintas ideologías y políticas. Pero estas nunca fueron razón de desunión. El cariño, la lealtad, y el amor estaban por encima de esas diferencias. Cada uno entendía los acontecimientos políticos de la guerra civil española desde su perspectiva. Y yo creo que esas diferencias aceptadas nos han ayudado a ser comprensivos con los demás y saber ver los hechos y circunstancias desde la óptica del otro, aunque no la compartamos. Nos han curado de radicalismos y de prejuicios intolerantes. Han contribuido a sabernos respetar y querer aunque las diferencias sean abismales.

Mis tíos tuvieron que huir a Francia por razones políticas. Tenían dos niños pequeños; el segundo era unos meses mayor que yo. Cuando nació un tercer hijo se decidió que el mediano viniera a vivir con nosotros porque mi tía podía dominar la situación más fácilmente con una niño mayor que en cierta medida no necesitaba cuidados indispensables y un bebé al que ella podía así prodigar todos los cuidados necesarios. El del medio era demasiado pequeño para valerse por sí mismo.

Mi primo Maren cruzó el puente de Irun por su propio pie y en solitario, con una pequeña maleta en la mano. Tendría alrededor de 3 años. Con paso inseguro y aún mayor inseguridad en su ánimo volvía con frecuencia la cabeza hacia su madre en muda súplica. Esta, situada en el extremo francés del puente fronterizo le animaba a que avanzara y se encontrara con su tía -mi madre- que con los brazos extendidos en elocuente bienvenida, le esperaba en el otro extremo junto a mi padre. Yo no viví los hechos pero lo patético del relato se me ha quedado grabado en el corazón. Maren y yo nos llevábamos bien. Los dos éramos de la misma edad; nos hacíamos compañía y jugábamos juntos. Solo recuerdo escenas del veraneo en el caserío familiar. Una se me ha quedado muy grabada porque me hizo descubrir mi falta de sinceridad y el haber aprovechado mis ventajas personales, dando pie a que otro fuera tratado injustamente.

No recuerdo exactamente en qué estábamos entretenidos, pero los juegos de los niños no suelen tener lógica desde un punto de vista de adultos. Sí tengo clara la imagen de que Maren abría la marcha empujando una pequeña carretilla llena de tierra. El suelo estaba cubierto con grandes bloques de piedra gris separados por caminos de hierba verde y fresca. Llevaba una pala en la mano. Yo le seguía empujando algo que bien podía ser otra carretilla o un cochecito de muñecas. Me había advertido que no le siguiera, pero yo insistí obstinadamente. Varias veces se volvió para mandarme que desistiera de este propósito pero mi resolución era irrevocable y le seguía como una cola a su perro. En un momento determinado se volvió rápido y me propinó un palazo en la cabeza. Empecé a llorar y gritar. Ante mi desconuelo aparecieron dos personajes inolvidables de mi infancia: Mikela, la cocinera y Tata mi niñera. Descubrieron una pequeña brecha en el cuero cabelludo. La indignación ante el arrebato de mi primo fue sonora y acusadora.

Maren estaba encogido y atemorizado; se encontraba en inferioridad de condiciones. Yo estaba en casa propia y él no. Entre sollozos yo explicaba que me había atizado con la pala. Me dejaba mimar por las dos blandas mujeres. Pero no aclaraba la razón de su reacción y secretamente tenía muy claro que yo la había provocado con mi insistencia en seguirle contra su voluntad. Sabía que

estaba siendo injusta y poco sincera, que debía decir noblemente mi parte de culpa. Pero no lo hice. Posiblemente Maren se olvidó del incidente pero a mí me ha quedado una mala conciencia, y un sentido de humillación porque había sido un acto cobarde e innoble de mi parte.

(JUE)

Este texto, más extenso que los anteriores, combina varios aspectos familiares que me intrigan más allá de ese sentido de culpabilidad de mi hermana que muestra su extremada rectitud al calificar su propia actuación como poco noble y cobarde por aprovecharse de la situación desfavorable en la que se encontraba Maren L.E.

Hay en la pequeña historia fronteriza que rememora mi hermana una preciosa glosa del destierro, una de las cosas más tristes que el hombre se las ingenia para conseguir. Nuestros tíos no solo emigraron a Francia huyendo de las tropas nacionales de nuestra contienda, sino que luego tuvieron que huir de los nazis cuando estos se acercaban a París y lo hicieron empujando un cochecito de niño en el que acarreaban sus tres primeros hijos y unas pocas pertenencias. Supongo que una vez fuera de París podrían llegar un poco más cómodamente a la frontera con España y allí enviar al pobre Maren con sus tíos Rafael y Anselma quienes, diría yo, todavía no habían acogido a Ana Mari y a Marisa.

Corre otra historia familiar que siempre me ha hecho llorar. Un par de años más tarde, mi tía pudo volver con los dos hijos que quedaron con ellos y quedarse en la casa familiar de la calle Heros, pero mi tío Ignacio tuvo que permanecer en el País Vasco Francés, posiblemente en Ustaritz. Parece que cruzaba la frontera por el monte y conseguía llegar a Bilbao, vaya usted a saber cómo, y refugiarse en la casa de su madre en la calle Gordóniz. No se cómo se las arreglaría para verse con su mujer; pero sí he oído contar cómo veía a sus hijos. Por las mañanas de esos días de refugiado, la «seño», llevando de la mano a los tres hermanos L.E., reunidos de nuevo, les paseaba por delante de la casa de su abuela por parte de padre para que éste pudiera verlos entre los visillos.

Estos tíos y primos siempre tuvieron para mí el halo de la heroicidad de forma que muchos años más tarde y cuando mi hermana ya no estaba en casa, me pareció un gran acontecimiento que Maren, con la carrera terminada en Madrid, pero con trabajo y novia en Bilbao, recalara en nuestra casa de Colón de Larreategui. Fueron solo unos meses, pero es la única experiencia de la fraternidad entre varones que he tenido en mi vida. Y esto no es tontería pues recuerdo como algo lleno de sentido y de seguridad una escapada nocturna a ver «Marnie la Ladrona» de Hitchcock en el cine Filarmónica. Mi madre estaba contenta de tener otro hombre en casa y yo, supongo, un poco liberado.

Me gustaría comentar largo y tendido sobre el caserío familiar de Berango, algo que mi hermana vivió como un veraneo decimonónico que me parece tiene algo sublimado, pero que yo solo viví como una anual excursión veraniega obligatoria cuando la casa empezaba a perder su prestancia y solo quedaba una preciosa arboleda en la que hacer una comida campestre. Pero ya basta por hoy. Estoy seguro de volver sobre esa vida despreocupada de los largos veranos de hace casi sesenta años.

SOUVENIRS D' ENFANCE VI : MINÚSCULOS JUGADORES DE CROCKET

(BUE)

Alrededor del caserío había tierras de labranza. En la parte delantera y un lateral de la casa se habían acotado unos cuantos metros cuadrados para organizar algo parecido a un jardín: un pasillo de hierba de 9 o 10 metros de ancho que iba desde la puerta externa de acceso a la finca hasta la pared que cerraba el jardín en el extremo opuesto donde se levantaba la higuera. Junto a ésta había un pozo y desde él hacia el portón de entrada solíamos instalar el campo de croquet.

Para realizar la labor de colocación de los polos de salida y entrada y las horquillas de metal, se utilizaban unos mazos pequeños creados para ese fin. Con estos pequeños mazos jugábamos las competiciones mi primo y yo. La edad no nos permitía manejar con soltura los palos reglamentarios porque nos superaban en altura y en peso. Las competiciones, sin embargo, eran con los mayores. Y como testigo de esta hazaña existía una fotografía en la que se veía a mi madre sentada en una silla en medio de un corro formado por las primas mayores y sus amigas en el fondo y mi primo Maren y yo apoyados en el regazo de mi madre con los dos mazos bien agarrados y luciéndolos como trofeos. La fotografía está tomada de espaldas al sol; este nos deslumbraba y los tres aparecemos con el ceño fruncido defendiéndonos de la luz cegadora.

La imagen no tiene nada de especial en sí misma pero trae a mi memoria una época de serenidad, seguridad, interminables horas de juego, olores característicos como el de la higuera cercana. Y el valor de mis padres de crear este mundo seguro y sólido cuando todavía nuestro país estaba en guerra o recién salido de ella, la vida era dura y áspera, el futuro incierto. Había que volver a levantar la vida normal, la seguridad en la paz. Ellos lo enfrentaban sin dejar traslucir ninguna inquietud que pudiera enturbiar nuestra infancia feliz.

(JUE)

Gorrondo Erdikoa era el nombre del caserío y sus «pertenecidos», que así se llamaban las tierras de labranza a las que se refiere mi hermana. No era muy antiguo; hoy apenas tendría 250 años y se notaban los sedimentos del progreso de la familia en un mirador adosado, relativamente reciente, o en una especie de añadido a modo de garaje rudimentario donde se conservaba el coche de caballos del abuelo Juan, el mismo cochecillo que, tirado por un caballo semiblanco, aparece en una foto ampliada que obra en mi poder y muestra al joven viudo con sus dos hijos, Pepe el mayor y Rafael el pequeño, nuestro padre, a una edad de unos 4 años y con sombrerito de paja. Entre el croquet y esta descripción parece que estuviéramos hablando del jardín de los Finzzi Contini, pero no era eso. Era una casa austera que yo solo he conocido deshabitada en las excursiones obligadas de todos los veranos más de 10 años después de los que describe mi hermana.

Jamás he podido pensar en Gorrondo (nuestro apellido número X es precisamente Gorrondona) como el jardín inglés de The Gobetween a pesar de que el ambiente que describe mi hermana y mis recuerdos propenden a sublimarlo. Sí es verdad que el croquet no me resulta extraño y que en mi memoria profunda hay algo relacionado con él, lo mismo que hay una traza del

juego de los palillos. Y ambos relacionados con mi hermana. Su evocación me hace pensar en un daguerrotipo que reflejara la escena campestre, con las primas y sus amigas hablando de cosas de chicas mayores en un tono semi velado y en nuestra madre mimando a Maren y a BUE agarrados a los pequeños martillos de madera. ¿Dónde estaba D. Rafael?

Me quiero hacer a la idea de que era él el que apretaba el botón del fogonazo y que no era el sol sino este fogonazo lo que explica el ceño de los dos primos que recalaban en el regazo de D^a Anselma. ¿La paz en la guerra varios lustros después del cerco carlista al que se refería Unamuno? Algo parecido. Seguro que se esforzaron en que los niños no sufrieran y también sé que pasaron parte de la guerra, posiblemente después de la «liberación» de Bilbao, en Gorrondo en donde enterraron algunas de las joyas de oro en las que invirtió nuestro padre buena parte de sus ahorros en dinero de la república. Mi padre habló alguna vez de oír las baterías franquistas instaladas en el Serantes apuntando a Punta Galea. Las batallitas de una guerra.

Me temo de todas formas que mi hermana ha heredado el afán de nuestra madre de convertirse en la esposa de un gentleman farmer o en una lady farmer directamente. Yo nunca lo he compartido y no tuve ninguna nostalgia al venderlo hace unos años. No me gustan los gentlemen y menos los rurales. Me suena a carlismo trasnochado.

No tengo más remedio que apuntar aquí, rompiendo un poco la cadencia del relato a cuatro manos, que el otro día me encontré con Ana, la mujer de Maren, con su hijo Ignacio y Leire una preciosa nieta. Ana, no me acuerdo a santo de qué, me recordó una frase de nuestro padre: «casarse por dinero es peor que pedir dinero al banco; es más caro». Ya sabía que era generoso, pero ahora pienso que a nuestro padre le interesó un día el amor. Nunca había pensado en ello.

SOUVENIRS D' ENFANCE VII : FACILIDADES HIGIÉNICAS DEL CASERÍO

(BUE)

El caserío había sido reformado en tiempos de mis abuelos. Nosotros ocupábamos la zona frontal mientras el casero habitaba la parte trasera. Las obras se habían realizado a finales del siglo XIX, con lo que la zona dedicada a la higiene personal dejaba bastante que desear de acuerdo con los cánones actuales. El WC, vulgarmente llamado retrete, era una habitación pequeña, recubierta de madera, con un asiento corrido que se extendía todo lo ancho de la pared; en la parte central del asiento se levantaba una tapadera que dejaba al descubierto un trozo de madera menos pulida, con otra tapa redonda de menor tamaño en el centro, que se alzaba tirando de una pequeña argolla, cuando era utilizado.

Levantar esa tapa y sentarse sobre el agujero era exponerse a coger un constipado. El agujero conectaba directamente con el pozo negro, que llamábamos «txitxiposo». Soplaban el viento y se oía su ulular; no solamente se oía; su fuerza quejumbrosa nos azotaba en la zona más sensible de nuestra anatomía. Las visitas al lugar solían ser breves y precipitadas. El resto de los medios de higiene consistían en jarras y palanganas en las habitaciones. Si se quería tomar un baño, el dispositivo era de otro orden. En la planta baja existía

una habitación sombría, con un sistema de calentamiento que no recuerdo bien pero que debía consistir en algún tipo de estufa de leña o carbón.

Por las noches se procedía a bañar a los niños. Se llenaba un balde de zinc con agua caliente. Se colocaba este en mitad de la habitación, inmediatamente debajo de la única bombilla que alumbraba el habitáculo y se procedía a restregarnos y fregarnos bien. Lo recuerdo como un proceso húmedo, desagradable e irremediable. El único consuelo era que después nos esperaba una toalla suave y acogedora y un camisón limpio y bien oliente.

(JUE)

Me resulta difícil comentar sobre este recuerdo de mi hermana. Tanto porque es como un cuento cerrado en sí mismo, completo, como porque las costumbres higiénicas evolucionaron en los siguientes años en los que, como diría nuestra madre, yo estaba «en la mente del señor». Sin embargo, y tal como ya he comentado en otros posts de esta serie, Gorrondo era, a pesar de su abandono, lugar de peregrinación obligado todos los veranos de mi niñez aunque simplemente como una excursión campestre. Desde Algorta mis amigos y yo, convenientemente acompañados por nuestros cuidadores, no todos mujeres (algún día hablaré de D. Diego) tomábamos el tren en la estación de Neguri y en tres paradas estábamos en la estación de Berango desde la que un corto paseo nos llevaba al caserío.

El momento álgido del día era cuando se nos permitía entrar en la casa y pasar un poco de miedo ante los fantasmas que habitaban aquel caserón y que vivían entre las sábanas que mi memoria imagina erróneamente todavía puestas sobre las camas como si los habitantes hubieran huido precipitadamente. Lo cierto es que el «komuneko» era de lo más celebrado. Aunque no parece muy poético detenerse mucho en el recuerdo de un lugar así, yo querría añadir a los recuerdos de mi hermana, mi impresión retrospectiva de que se trataba de una pieza de excelente carpintería y quizás también de correcta ingeniería hidráulica.

El cuarto de los baños era también una pieza visitada y creo recordar que estaba justo debajo de aquel mirador adosado que un día se llevó el viento, según contaba la memoria familiar, en un famoso vendaval de no sé qué año anterior a mi nacimiento. No tengo la experiencia de ser refrotado en un balde de zinc; pero desgraciadamente tampoco la de ser posteriormente arropado en una toalla perfumada. No sé si la memoria de mi hermana volverá a visitar este lugar donde quizá se formó lo más profundo de su carácter, pero si lo hace espero que se demore en los caseros que habitaban, y siguieron habitando, la parte de atrás del caserío, cultivaban los campos de maíz y criaban ganado. Estuvieron presentes en nuestras vidas hasta mucho más tarde y no siempre las relaciones fueron fáciles. Pero de aquella época también hay historias familiares quizá relacionadas no tanto con BUE sino más directamente con Marisa Elejalde, nuestra prima fisiológica y hermana de corazón.

SOUVENIRS D' ENFANCE VIII : SIGNOS DE INTELIGENCIA

(BUE)

Mi pobre madre debía estar desolada. No es fácil asimilar que tu única hija de signos de ser obtusa. Era una tarde de verano. Había un sol radiante y yo me balanceaba en un improvisado columpio casero que colgaba de una rama gorda de uno de los tilos del jardín. Como no tenía fuerzas para darme impulso a mi misma, Juan, el hijo del casero me empujaba con fuerza y yo daba gritos de entusiasmo al sentirme lanzada hasta casi tocar las ramas y las nubes con la punta de los pies.

De improviso, mis dos primas mayores dieron signos de salir del jardín y marcharse a algún sitio. Pregunté a voz en grito, desde mis alturas que casi tocaban el cielo, a donde se dirigían. Me contestaron con voz cansina, ya hartas de tenerme siempre a su vera: «a la porrita frita». Rápidamente pedí a gritos que pararan el columpio y chillé a mi madre: «yo también quiero ir a la porrita frita», haciendo ademán de apearme bruscamente. No quería perderme ninguno de los sitios emocionantes a donde iban mis primas mayores.

La carcajada fue general. Algo debí de percibir como ridículo porque sin que nadie me explicara nada sospeché que «la porrita frita» tenía otro significado: me querían dejar de lado. Y eso sí que era desolador.

(JUE)

Ya estamos de vuelta en Gorrondo, el caserío donde antes de que yo naciera pasaban los veranos después de la guerra mis padres con su hija y mis dos primas ya integradas en la familia en la que luego aparecí yo inesperadamente. Para mi hermana parece ser como el paraíso de la infancia perdida, pero también el surgimiento inevitable del sufrimiento, siempre mezclado con la inocencia. Todos, al menos así lo espero, hemos sentido el placer del columpio que, como dice mi hermana, nos acerca al cielo. La escena, sin embargo es más compleja pues sabemos implícitamente que nuestra madre estaba allí y que los caseros también, dando el contrapunto.

El casero era Patxiko (entonces siempre escrito como Pachico) mayor que nuestro padre y el único que había conocido a Juan Urrutia, nuestro abuelo. Pachico tenía una hija, Marichu, un poco alocada y un hijo, Juan, quien sería el que daba impulso al vuelo del columpio de mi hermana. Marichu a su vez tuvo un hijo, Imanol, que muchos años más tarde me proporcionó muchos dolores de cabeza. Por otro lado en un caserío más reciente que el abuelo Juan había hecho construir como recuerdo de su joven esposa fallecida al dar a luz a nuestro padre, vivían Begoña y Vitxori, que casaron con Pedro y Antón. Basta con certificar aquí que Pedro era empleado del ferrocarril que unía Bilbao con Berango por la margen derecha y que no solo me regaló, años después de la escena descrita por mi hermana, un picabilletes, sino que otro día me dejó viajar en la máquina.

Recuerdo muy bien a su hijo Rafa, ahijado de nuestro padre cuyo nombre llevaba. Por su parte Antón se hizo cargo de las labores del campo y del ganado cuando faltó Pachico y todavía veo de cuando en cuando a su hijo Miguel y a su hija Victoria. Pero por aquel entonces Pachico y su descendencia mantenían el caserío cuya parte trasera habitaban y, lo que desde ahora me parece inusitado, nos traían la leche todos los días a Bilbao yo diría que en burro, aunque se me

hace difícil imaginarlo visto desde ahora. No me extraña que mi hermana tenga recuerdos imborrables si yo, que no viví aquellos tiempos, también los tengo aunque sean de segunda mano; pero este de sus recuerdos que ahora glosa, comunica dos cosas serias.

La primera es una frivolidad inusitada en una persona como ella: presentarse como obtusa cuando sabe que, lejos de ello, es bastante capaz, yo diría que más que bastante. Un orgullo encubierto que no tiene nada de santo. La segunda es el sufrimiento terrible que tienen los inteligentes tímidos cuando notan que se les hace el vacío. El mundo se derrumba y el piso se mueve bajo los pies, pierden el habla y querrían morir inmediatamente. Quienes, como posiblemente nuestras dos primas Elejalde y, sin duda, la pequeña, Marisa, no son tímidos no saben lo que significa el no ser aceptado. Está en el origen de muchísimas decisiones posteriores y en muchos rasgos del carácter, aunque el rechazo sea tan trivial como el que relata BUE.

SOUVENIRS D' ENFANCE IX : PRIMERA FRASE

(BUE)

Me lo contaron. Yo no recuerdo nada en absoluto. La familia estaba preocupada porque a pesar de que tenía edad para ello, no hablaba. Tan sólo repetía «Mamá» y «Papá». El resto era silencio y observación. En aquellas épocas las playas cercanas al caserío estaban desiertas. Solíamos ir a una que llamaban «la salvaje». Mi padre se estaba bañando junto a mis primas, varios años mayores que yo. En un momento dado, mientras jugaba con ellas, papá dio una «aguadilla» a la más pequeñas de las dos. Salió a la superficie con expresión de espanto. Según cuentan yo estaba en la orilla, a suficiente distancia como para poder ver lo que pasaba y observar la expresión de mi prima. Súbitamente y en tono de alarma hablé gritando «¿t'as asustáo?» clara y distintamente. Los rostros se volvieron hacia mí en sorpresa. Me insistieron en que repitiera lo que había dicho, pero me encerré en mi mutismo habitual. Es evidente que en algún momento dado decidí establecer comunicación con los demás, pero la gran incógnita ha sido siempre por qué no lo hacía cuando estaba claro que podía hacerlo.

Recordar esta historia me ha hecho pensar que desde niña he tenido la misma actitud ante la vida: expresarme cuando tengo seguridad de lo que voy a exponer y no lanzarme a exponer aquello de lo que no tengo certeza. A menos que algo imprevisto me haga explotar inesperadamente, bien porque me indigna o me parece injusto o porque la sorpresa me coge desprevenida.

(JUE)

Yo no lo podría recordar; pero lo he oído contar muchas veces. Lo que me interesa de todas maneras es que, en este recuerdo, mi hermana por primera vez baja la guardia y se muestra un poco. La indignación, la injusticia o la simple sorpresa le hacen saltar airadamente. Si ninguna de estas circunstancias se da, entonces no habla. Es decir solo habla de cosas que no le tocan y que son previsibles a no ser que salte. No sería difícil escribir unos párrafos sobre el carácter tartamudo basándose en esta confesión, pero me lo reservo para otra ocasión. En cualquier caso que tus primeras palabras sean «¿t'as asustáo?» es algo reseñable. Como lo es, desde mi punto de vista, que mi padre se bañara en la «salvaje». Mi madre está fuera de la escena no sé si

porque otras tareas le retenían en el caserío o porque no se bañaba. Yo nunca he visto ni a D^a Anselma ni a D. Rafael en traje de baño.

La «salvaje» se llama hoy a la nudista que no creo que sea la misma que Gorrondatze que es a donde supongo irían todos desde Gorrondo. Y la «aguadilla» era como un rito de iniciación o de acercamiento. Es curioso de todas formas que entre los recuerdos de mi hermana casi nunca aparezca nuestra prima Ana Mari. Era bastante mayor que ella y quizá vivía una vida un poco separada o es posible que la memoria huya de la muerte.

SOUVENIRS D' ENFANCE X : A LOS NIÑOS SE LES PONEN VAINAS CON PATATAS

(BUE)

Cuando el viento se llevó parte del caserío se hizo imposible volver a pasar allá los veranos; mis padres optaron por desplazarnos durante esos meses a lugares favorables para mi salud, ya que las sulfamidas recetadas para curar alguna enfermedad que no recuerdo, me habían dejado inapetente. En uno de estos desplazamientos temporales, nos hospedamos en una fonda a las afueras del pueblo. No recuerdo en absoluto cual era el menú completo, pero si tengo una muy clara certeza de que mi indignación iba aumentando progresiva e imparablemente: ponían verduras diariamente, alimento que a mí no me gustaba, como he comprobado después que ocurre con la generalidad de los niños- y siempre servidas desnudas de ningún otro acompañamiento.

Mi timidez era proverbial, incrementada por el descubrimiento de que era una tartamuda impenitente. Pero mi indignación ante el hábito incorregible de servir solo verduras, superó mi innato sentido de la vergüenza, y en un arranque insospechado y sorprendente para todos incluida yo misma, trepé a la silla del comedor, levanté la voz sin asomo de tartamudeo o inseguridad y grité de forma que todos pudieron oírme: «¡¡¡A LOS NIÑOS SE LES PONEN VAINAS CON PATATAS!!!». En las patatas encontraba el alimento que hacía mi vida diaria más llevadera y las comidas algo tolerables.

Los rostros se volvieron hacia mí sorprendidos y alborozados; resultaba cómico ver a una niña pequeña, normalmente callada, tan enfadada, demostrando una indignación genuina, desesperada. Me escurrí lentamente en mi silla. No recuerdo más. No sé si cambiaron las circunstancias o si aprendí a comer verduras viudas. De estos hechos han transcurrido más de 65 años, pero es evidente que el temperamento no cambia. Aún sigo reaccionando de la misma forma: aguanto hasta un punto sin expresar de forma abierta ni mi rechazo ni mi indignación, pero cuando alcanza cotas que no sé medir, estallo de forma inesperada y sorprendente hasta para mi misma. Las caras que se alzan hacia mí ahora son más alarmadas que las de entonces y no tan alborozadas. Hacerse mayor tiene más inconvenientes que ser una niña. Es más difícil admitir una indignación justa expresada de forma exabrupta.

(JUE)

Que al mirador se lo llevó el viento es algo tan comentado que deberíamos ser capaces de fechar con precisión ese huracancito destructivo. De todas formas es curioso que nuestros padres no lo reconstruyeran. Es cierto que los asuntos financieros no debieron ser fáciles de arreglar; pero tengo la sensación de que

lo que pretendían D. Rafael y D^a Anselma era justamente alejarse de Gorrondo y de la vida de caserío que, probablemente no consideraban apropiada para una futura señorita bilbaina. Como los inquilinos que hacían de guardeses habitaban la parte de atrás no había necesidad de recomponer el mirador; pero ver su ausencia cada verano en la excursión obligada desde Guecho era una cosa un poco fantasmagórica.

Yo nunca veraneé en ese pueblo al que se refiere mi hermana; pero creo recordar que era Oña en Burgos. Clima seco y aire de montaña. Para cuando yo recuerdo el veraneo, la familia alquilaba el segundo piso de una casa en Gecho, justo detrás de la iglesia de San Ignacio. Tengo muchos recuerdos de esos veranos; pero no se trata de hablar de mis recuerdos, sino de escuchar los de mi hermana.

Nuestra madre hablaba mucho de esos veranos en Oña, tanto que pienso que igual corresponden a una época feliz de su vida. Supongo que nuestro padre se quedaba en Bilbao trabajando excepto el mes de Agosto y los fines de semana y que era mi madre la que atendía a mi hermana y nuestras primas en esos veraneos saludables. Según las historias familiares, parece ser que nuestra madre era mucho más estricta que nuestro padre en materia de comida y, desde luego, mucho más exigente con mi hermana que conmigo. Yo siempre fui malcriado y me las arreglé para no tener que ingerir algunas cosas de las que disfrutaba mi madre y quería que nosotros aprendiéramos a apreciar. No así mi hermana tal como se verá en otros recuerdos si decide publicarlos.

Pero el problema serio era con la simple verdura. Creo que mi hermana tenía razón y me hubiera gustado estar presente para apoyarle: a los niños no se les puede dar verduras a no ser que se disfracen. Esto es lo que quería mi hermana, que se disfrazaran las judías verdes (vainas para cualquier bilbaino) con las patatas. Nunca he sido consciente de que esta hermana con ese carácter tan reivindicativo tuviera de tan niña la habilidad de presentar un capricho como un argumento universal. Una retórica que hay que destacar más allá de la indignación tartamuda que ella pretende subrayar. Inteligencia y poder, una mezcla peligrosa que sin embargo nunca le he visto ejercer en mi presencia y mucho menos contra mí. O quizá es que es un recuerdo reprimido.

SOUVENIRS D' ENFANCE XI : DE CABEZA AL RÍO

(BUE)

En aquella época de veraneos variables fuimos a dar con nuestros bártulos a un pueblecito de Burgos rodeado por un pequeño río, a la vera del cual íbamos diariamente. Mi padre solía venir solo los fines de semana porque el lugar estaba demasiado alejado para poder trasladarse cada día con los medios de transporte que entonces existían. En uno de los fines de semana yo jugaba a su alrededor mientras él leía el periódico. Recuerdo nítidamente que llevaba puesto un vestido de tirantes, abrochado por la espalda hasta la cintura y rematado por un gran lazo. De la cintura para abajo la falda quedaba suelta: por la abertura asomaban unos bombachos cortos de la misma tela. En la cabeza lucía una capota de idéntico material con un lazo grande debajo de la barbilla y un ala pequeña por delante que me defendía los ojos del sol radiante.

Mi padre me había advertido varias veces que no me asomara excesivamente a la orilla que caía en forma de talud sobre el río pero feliz con mis juegos solitarios y la cercanía de mi padre, no prestaba demasiada atención a sus consejos. De repente experimenté que perdía pie. Sentí pánico al hundirme irremisiblemente en el agua sin defensa posible. No había donde agarrarse. Fue un momento de terror. Empecé a gritar dentro del agua. Pero no sonaba nada. No producía ningún sonido. Sólo tragaba agua. Al segundo intento de grito me sentí cogida por el escote de la espalda, como se coge a un gato. Ya estaba fuera del agua. El grito silencioso iniciado bajo el agua estallaba ahora ruidoso, mientras el fuerte brazo de mi padre me mantenía en el aire.

Su risa cordial y contagiosa me reconfortó aunque me enfadó algo por dentro porque me parecía que no se hacía cargo del mal trago, en este caso literal, por el que había pasado. Luego me vi en medio de un corro de gente que se reía a carcajadas mientras mi madre me frotaba enérgicamente y me cambiaba de ropa. A mí no me hacía tanta gracia lo que había pasado y no entendía por qué divertía tanto a los demás. Tampoco a mi madre le debió de regocijar excesivamente porque reconvenía a mi padre que se hubiera descuidado. Y mi padre seguía riéndose con su risa cordial y contagiosa.

(JUE)

La época de los veraneos variables no fue conocida por mí. He acudido a las fuentes y mi hermana hace los siguientes cálculos comenzando con el viento que se llevó el mirador de Gorrondo: «... según mis cálculos, hubo un viento muy fuerte en el año 41 que coincide con el incendio de Santander que arrasó prácticamente la ciudad. En el 41 pienso que estuvimos en un fonda a la salida de Orduña... en el verano del 42 desde luego estábamos en Oña, porque es... cuando me caí al río... En el 43 en Burgos... recuerdo que mamá vomitaba mucho y yo me asustaba y Marisa (Ana Ma había muerto en el febrero del 43) hacía comentarios con aire enigmático de saber algo que yo no sabía. En Marzo del 44 naciste tú, causa de los vómitos de mamá. Y desde el verano del 44 nuestros veraneos fueron siempre en el «sector Guecho»».

Así que mi hermana tenía o iba a cumplir 5 años. Se puede confiar en sus recuerdos y este del río es un clásico familiar. En su versión actual tiene, sin embargo, un nuevo interés. Por ejemplo el atavío de la niña. Tal como está descrito no parecería hoy el más adecuado para una jornada de campo al borde de un río (con capota y bombachos ¡Dios mío!); pero eran otros tiempos y seguramente nuestra madre quería presumir entre los otros veraneantes. La pobre niña siempre sola es la parte que se desprende del estilo del recuerdo: sola y ensimismada, confiada en su padre que disfrutaba de un fin de semana. Esto último no me lo puedo creer porque en el 42 supongo que se trabajaba los sábados y por mucha educación inglesa que nuestro padre hubiera recibido me parece imposible que instaurara para él solito la luego llamada «semana inglesa».

En cualquier caso, la escena es perfecta para que en ella se desarrolle una tragedia; pero la suerte y la agilidad de nuestro padre (una verdadera novedad para mí que le recuerdo como semiparalizado) transformaron esa tragedia en una bonita comedia de veraneantes de montaña que, por lo que acabo de enterarme acudían a la vera del río con ropa para cambiar a los niños. Así que mi hermana, aunque se siente incomprendida, recuerda la seguridad que le daba el hombre de la casa y la injusticia de que mi madre le regañara por su

descuido. El hombre da «aguadillas» como la que D. Rafael dio a Marisa y salva a las niñas ensimismadas de ahogarse; las mujeres se asustan, no llegan a tiempo y ponen mala cara.

Pero soy injusto porque mi hermana reconoce que D^a Anselma bastante tenía con prestarse a darme viabilidad y preparar mi llegada a este mundo. Acabo de enterarme que fui concebido seguramente en Burgos: ¡que shock para un vasco de pura cepa! De la risa de mi padre ya hablaremos pues es seguramente su rasgo más característico y notable.

SOUVENIRS D' ENFANCE XII : EL ÚNICO AZOTE DE MI PADRE

(BUE)

El sistema educativo de mis padres se había adelantado en cierta medida al modo vigente en aquellos tiempos. No utilizaban los castigos, las amenazas, los azotes, ni los cachetes como sistema para hacerse obedecer. Primaba la fortaleza para sostener lo dicho sin rendirse ante la resistencia a obedecer, los caprichos o las presiones para conseguir lo que nos dictaba los propios deseos: se apoyaban en el razonamiento y la persuasión y la tenacidad para no ceder ante lo arbitrario.

Por eso me dejó sin palabras la reacción de mi padre ante mi negativa a dejarme poner un enema que había recetado el médico. Mi madre se había pasado toda la mañana intentando convencerme por todos los medios a su alcance pero mi resistencia era invencible. Me repugnaba el sistema. Lo consideraba humillante. Y no estaba dispuesta a ceder. Cuando llegó mi padre del trabajo, tomó el relevo a mi madre; él siempre había conseguido que le obedeciera por su forma suave y convincente. Esta vez yo no cedía. Exasperé su imbatible paciencia. Inesperadamente me proporcionó un azote de tal calibre que me quedé paralizada y sin palabras. Era impropio de mi padre este tipo de reacción. Mis defensas cedieron ante el ataque. Y consiguieron el objetivo médico.

No solo me escocía el azote sino también mi amor propio. Al día siguiente descubrí que mis posaderas tenían marcada la mano de mi padre con sus cinco dedos. Todo en color cardenalcio. Los dos estábamos incómodos ante lo sucedido: yo, por mi terquedad llevada hasta el extremo y él porque se sentía avergonzado de su falta de control y le dolía haberme infligido un castigo no calculado. Actuábamos con falta de naturalidad. Yo percibía la preocupación y arrepentimiento de su acción. Me daba pena verle dolorido. Lo peor era explicar al médico como se había producido el cardenal en forma de mano.

(JUE)

No sé porqué pero me parece que en este recuerdo infantil de mi hermana hay demasiada carga emocional como para que yo trate de meter la nariz o un bisturí que en mis manos torpes resultaría peligroso. Imagino que mi hermana ya debía tener aquí algunos añitos y que de ahí venía la sensación de humillación ante una lavativa vulgar y corriente. Debía ser un remedio corriente a la sazón pues yo recuerdo haber recibido no una sino muchas. Pienso también que la alabanza al sistema educativo de nuestros padres es un poco impostado. Desde luego no es mi experiencia, pues recibí cachetes varios

de nuestra madre y muy pocas explicaciones por su parte aunque sí que es cierto que mi padre nunca fue duro conmigo. Físicamente duro me refiero. No creo que tuvieran un sistema educativo bien pensado, sino más bien la paciencia de padres mayores.

Cuando yo recibía los cachetes totalmente arbitrarios de nuestra madre no era tan comprensivo como mi hermana pretende ser ante el único azote de nuestro padre. Nunca sentí arrepentimiento por parte de D^a Anselma, seguramente porque tenía razón; pero sería incapaz de imaginar una explicación o un entendimiento implícito como el que describe mi hermana en relación al azote del padre. Yo no estaba dispuesto a perdonar algo que era totalmente injusto y arbitrario.

Puestos a comparar prefiero un buen azote en el culo, aunque te deje los dedos marcados, que un cachete en la cara de los que no dejan huella. Y, desde luego, nunca sentí pena por mi madre supongo que porque tampoco ella parecía sentirse incómoda por unas bofetadas que al fin y al cabo no eran tan dolorosas. Se le olvidaban y yo me tragaba una ira que se disolvía poco a poco. De todas formas no creo que esa famosa ocasión del azote fuera la última vez que mi padre perdía la paciencia. Recuerdo otro caso bastantes años después. Mi hermana estudiaba piano en el Conservatorio de Bilbao como muchas otras señoritas de Bilbao y, por las tardes, tenía que ejercitarse en el piano que había en el cuarto de costura que también había sido mi cuarto de pequeño y el cuarto de lectura en el que la «seño» me transportaba con su voz cadenciosa bien al Caribe del Corsario Negro, bien al Centro de la Tierra, bien a la Malasia de Sandokan y Yáñez. Estos ejercicios, supongo que preparatorios para el famoso examen final, eran una tortura y mi hermana se demoraba aburrída sobre unos ejercicios que no acababan de sonar como debieran y que duraban hasta casi la hora de cenar. En un momento determinado apareció nuestro padre, que imagino recorriendo el pasillo desde su despacho o desde la salita de estar que daba a la parte de atrás, entró en el cuarto con ira contenida, empujó suavemente a su hija y, sin acomodarse en la banquetita, ejecutó las cuatro notas del estudio que mi hermana maltrataba, con perfección nunca hasta entonces ejercitada y que nunca se volvió a repetir. Se dio la vuelta y volvió a su refugio. Supongo que los diez dedos quedaron marcados en el alma de su hija querida.

SOUVENIRS D' ENFANCE XIII : LA RISA DE MI PADRE

(BUE)

Inolvidable. Así era su risa. Aun le puedo ver sentado a la cabecera de la mesa del comedor, los ojos cerrados con fuerza, la cara arrugada, lágrimas asomando por las pestañas, la boca medio abierta, el cuerpo agitado en suaves convulsiones, los brazos descansando sobre el mantel. El sonido de la risa era como un acorde grave, armonioso, continuo, alargado, estirado en el tiempo. Lo más asombroso era que una vez repuesto del ataque, y cuando había pasado un tiempo razonable, volvía a recordar lo que fuera le había provocado el acceso de hilaridad y comenzaba a reír con la misma fuerza, convicción, naturalidad. Y esto se repetía sucesivamente en cortos periodos de tiempo, hasta que algo le distraía del pensamiento cómico de lo sucedido, contado o mencionado.

Era contagiosa. Acababas riendo sin saber bien por qué, simplemente porque su risa te obligaba a hacerlo. Pero esto no sucedía solo en la intimidad del hogar, sino que ante el agobio de mi madre, ocurría en cualquier sala de proyección cinematográfica cuando había algo que provocaba su risa. Y el ataque seguía el mismo proceso que el familiar. Hasta tal extremo llegaba que en más de una ocasión se le acercó el acomodador y rogó a mi padre que controlara la risa porque el público se distraía y no podían concentrarse en la película. Mi padre y su risa son inolvidables.

(JUE)

Recuerdo a mi padre ocupando la cabecera sur de la mesa del comedor cuando siendo yo muy pequeño se me permitía a veces cenar con los mayores y nos disputábamos su gabardina como prenda de abrigo. Un chiquillo cenando en un comedor bastante amplio enfundado en una gabardina enorme ¡qué espectáculo! Debían ser meses fríos y la cabecera norte de la larga mesa seguramente era heladora. Veinte años más tarde, y ya bastante enfermo, le recuerdo en esa misma cabecera sur, por ejemplo el día que casi se ahoga con un hueso de aceituna y hubo que llevarle a una clínica en donde arreglamos el desaguisado.

Pero entre esas dos fechas ocupó la cabecera norte en comidas y cenas y es ahí donde yo le recuerdo en sus ataques de risa. No los podría describir mejor que mi hermana; pero puedo añadir que muy a menudo tenía que sacar su enorme pañuelo del bolsillo del pecho de su chaqueta para secarse las lágrimas. Desde luego ese es el padre que me gusta recordar. Nos contagiaba a todos y nunca explicaba cual era el chiste. Creo que todos nos reíamos porque le veíamos contento. Como dice mi hermana, no solo sucumbía a sus ataques de risa en casa sino también en cualquier sitio público. Y, por lo que tengo entendido, también lloraba de risa leyéndole El Quijote a ella tumbados ambos en el suelo.

Quizá era un hombre de ataques repentinos de otras cosas pues yo también recuerdo su famosas series de estornudos estruendosos apenas apagados por el mismo pañuelo blanco que le sobresalía bien arrugado y como en una masa informe del bolsillo de una chaqueta de tweed. Me temo que también los estornudos eran contagiosos. No he heredado la risa aunque en ocasiones la mayor tontería, y sobre todo las tonterías, me hace desternillarme hasta que creo que la cabeza me puede estallar. Pero no contagio a nadie. Sin embargo creo que mis estornudos heredados están pasando a mi hija Itziar a la que D. Rafael nunca conoció.

SOUVENIRS D' ENFANCE : EPÍLOGO

(BUE)

«Not a bad attempt», como dirían mis admirados británicos. Sí, ha sido un buen intento y estoy contenta de haberlo realizado. He disfrutado llevándolo a cabo y sobre todo compartiendo con Juan un mismo proyecto, una pequeña incursión en la narrativa. Pero ha sido una experiencia que me deja insatisfecha por ser incompleta: quedan tantas cosas sin decir, tanta historia sin terminar, ni redondear, ni aclarar. Tantos hilos sueltos. Muchas promesas incumplidas. Personas queridas dejadas fuera del cuadro o tan sólo parcialmente mostradas, como en la «Ronda de Noche» de Rembrandt: otros miembros de la familia, La Señó, Mikela, Tata, mis amigas, mis juegos felices

en el Parque... Al releer los recuerdos, otros se apresuran a asomarse, empujan por hacerse visibles, por adquirir forma y protagonismo. Eso requeriría escribir una narración larga. Y una cosa es recolectar recuerdos y otra estructurar un argumento, darle forma. Construir una novela basada en mis recuerdos de infancia supone juntar las diversas piezas desordenadas del rompecabezas hasta conseguir un relato coherente.

Por otro lado el hecho de que mi exigente hermano me anime a ello también me da impulso para emprender la tarea. Sin prisa, pero con ritmo; de no ser así me puede llegar la hora de dejar este mundo sin que haya puesto una palabra detrás de la otra.

Juan también me sugiere que escriba la «Historia de una tartamuda en el siglo XX». Cuando era niña el hacerlo me hubiera supuesto un drama; hoy puedo ver el lado cómico de este trastorno, así como sus inesperadas ventajas cuando vives en ambientes anglosajones y recordar las dolorosas experiencias con cierta distancia y sentido del humor. Llevar a cabo estos proyectos sería convertir en realidad el sueño de mi niñez y juventud ahora que he entrado de pleno en la Tercera Edad. Considero la sugerencia una buena idea y un reto. Y los retos me atraen. Pero no prometo nada. Solo digo que «lo intentaré», como respondía a mi madre cuando me preguntaba si le prometía obedecerle en algo o llevar a cabo, lo que fuera, que ella quería que realizara. No se trataba de una negativa a sus deseos sino que expresaba lo que honradamente me parecía la verdad: no me gustaban las promesas incumplidas, pero no descartaba un intento sincero.

En cualquier caso el resultado de este juego de recuerdos convergentes y divergentes ha confirmado lo que preveía en el capítulo introductorio: percepciones dispares de algunas situaciones, sorprendentes distintos análisis de los mismos hechos, visión diversa de algunos acontecimientos, recuerdos asimétricos de varias escenas, apreciación de significados que a mí me parecen inexistentes. Algunas de estas interpretaciones me han sorprendido hasta la protesta interna; otras han provocado la sonrisa divertida o la carcajada espontánea; pero no tenía turno de réplica; por lo menos no lo habíamos pactado. Todo ello viene a confirmar un hecho comprobable: nos conocemos poco a nosotros mismos. Y quizás también carezcamos de un rico conocimiento mutuo.

Por otro lado me gustaría destacar un hallazgo que hice hace ya algún tiempo: Cuando dejé la casa de mis padres, tenía 25 años y Juan 19. Nuestras vidas tomaron rumbos distintos; cada uno ha desarrollado trayectorias muy diferentes y realizado proyectos, me atrevería a decir, aparentemente opuestos. El contacto que hemos mantenido ha sido, hasta cierto punto, fragmentado por las variadas circunstancias de nuestras vidas. A pesar de ello descubro un patrimonio interno común que puede no ser evidente para un observador superficial: en ambos queda el poso de una misma educación, asimilada y expresada de forma diversa a causa de nuestros distintos temperamentos y tendencias y, aplicada a campos distintos, en actividades que aparentemente tienen poco en común.

Detecto el mismo rechazo hacia ciertas actitudes de la sociedad: la simulación, la deslealtad, la ambición desmedida, la negación de la libertad ajena, el esnobismo, las aseveraciones sin fundamento... Y similar aprecio por la verdad, la amistad sincera, el equilibrio en el juicio, respeto por las personas.

Sin embargo es mi convicción profunda que lo que hoy somos, es el resultado de la libre aceptación o rechazo de lo que nos inculcaron nuestros padres. Las raíces son las mismas; las ramas, hojas, o frutos son diversos, porque cada uno hemos aportado nuestros propios injertos, hemos aplicado otros abonos, los hemos cultivado y cuidado con diferentes métodos. Sus principios fueron la base sobre la que después cada uno ha construido: los resultados serán lo que individualmente hayamos edificado sobre esos mismos principios; los aciertos y los errores de nuestras vidas, si los ha habido y no hay vida humana donde no se den ambos, son nuestros, no de ellos.

Cuando escribí estos recuerdos no era mi propósito hacer un homenaje a mis padres; simplemente intenté reflejar algunas reminiscencias que tenía en mi corazón y en mi memoria. Al releerlos y realizar este trabajo a cuatro manos he confirmado un previo descubrimiento obvio: mis padres no eran perfectos. Nadie lo es. No eran perfectos, es cierto, pero sí admirables, dignos de ser muy amados y un magnífico ejemplo de muchos valores y cualidades que nos transmitieron por ósmosis, sin sermones aburridos o reiterativos, con silencios elocuentes por su prudencia; nos enseñaron y dieron todo lo que creían era mejor para nosotros, con sacrificio, alegría, generosidad e ilusión. Sus defectos también han sido ocasión de aprendizaje: se asimila mucho de las equivocaciones y errores ajenos si se los contempla sin acritud y con comprensión. Alguna de las decisiones que luego tomé en la vida no fueron de su agrado y así lo expusieron con claridad pero respetaron mi legítima libertad individual.

Marisa ha sido otro elemento esencial en mi existencia. Sin ella mi vida hubiera estado abocada al egoísmo, a vivir para mí misma y no saber compartir. Tener una hermana en quien se puede confiar es un regalo que mis padres me proporcionaron con su generosidad proverbial. Hemos compartido muchas penas y muchas alegrías, además de muchas confidencias y preocupaciones. Hemos reído, reñido, recapacitado, recuperado, perdonado y pedido perdón. Y como todo verdadero cariño fraterno creo que somos capaces de superar y olvidar cualquier elemento de separación definitiva. Fiel a mi condición de «ligera de cascos» no tengo mucho más que aportar a este final de los primeros y quién sabe si últimos «Recuerdos inolvidables» de mi infancia. Así titulé un trabajo que realicé para la asignatura de Literatura de unos cursos para jubilados en la UPV, amablemente denominados «Aulas de la experiencia».